



15 de Enero de 1914

Año IV.—Núm. 66

SUMARIO

¡Fuera los cotos!, por *M. C.*—La pelota, los dulces y la caza, por *Gregorio Martínez López*.—La caza mayor: Imprudencias mortales.—Hacia la edad de oro, por *G. de Gisbert*.—Hacia el feudalismo, por *Miguel Morales*.—Cuento de Reyes: ¡Lo que va de ayer a hoy!, por *E. Morales de Acevedo*.—Sobre la reforma de la ley de Caza.—Desde Valencia, por *Enrique Casás*.—Una baidá de corzos en Rincón de Madik, por *Lorenzo Fernández de la Somera*.—Real orden interesante: Las licencias de los extranjeros.—Campeonato de galgos.—Legislación extranjera sobre Caza y Pesca.—Noticias.

(No se devuelven los originales.)

¡FUERA LOS COTOS!

Cada día que pasa aumenta considerablemente el número de cazadores que rinden entusiasta aplauso á las conclusiones con tanto altruismo aprobadas en el último Congreso Nacional de Cazadores, y si bien algunas de ellas de orden secundario pueden ser susceptibles de reforma, no lo es, no debe, no puede serlo en justicia la que se refiere á los vedados de caza, que todos los cazadores de alma generosa deben procurar por todos los medios dignos preconizar, defender y laborar porque sea ley, requisito afortunadamente muy factible, si se tiene en cuenta el franco espíritu democrático que preside el pensamiento de los hombres más eminentes de todas las doctrinas políticas en nuestra patria, y muy particularmente en asuntos de esta índole.

Y no se objete por alguien, aferrado á prerrogativas y caducas circunstancias, que los cotos fomentan la caza, no; sabe de sobra quien tal diga que eso es un tópico que sólo cabe en las oquedades de ciertas cabezas. Hoy, la inmensa mayoría de los cazadores tiene formado firme juicio sobre estas cosas, y saben

muy bien que si los defensores de los cotos adoran la peana es por el santo.

La caza, desde luego, hay que fomentarla y protegerla, pero nunca por medios que conculquen el sentido común, hieran la dignidad colectiva y eclipsen la nitidez del dogma cristiano. El ciudadano que da al César lo del César, debe ser bienquisto del César. Si el partidario y el contrario de los cotos pagan al Estado español un mismo tributo por dedicarse á la caza, lógico, muy lógico, es que el Estado mida á ambos con un mismo rasero. La teoría contraria no tiene propiedad en los campos de la ética. Los privilegios, de otorgarse, deben otorgarse con su cuenta y razón, no á cuenta del inocente. Si la licencia de caza del que no quiere privilegios cuesta dos pesetas, la del que disfruta de ellos debe costar dos mil. No obstante, lo equitativo es que no haya privilegios en esto; en ello van ganando el vigor de la raza, la regeneración de las costumbres, la economía doméstica, el amor humano, lo tuyo y lo mío.

Sea el Estado quien estudie este importante asunto de la caza oyendo previamente á todos y quien dicte al efecto las leyes á que todos nos hemos de sujetar para el fomento de esta clase de riqueza, y estemos seguros de que ha de encontrar una solución en la que

no intervenga para nada el cínico factor *exclusivismo* y haga exclamar á unos y á otros: ¡Eso está bien!

La circunstancia de que muchos caballeros adinerados, devotos del *sport* cinagético, opinan como nosotros, la que representa el deseo de la inmensa mayoría de los cazadores, mueven el alma á confiar en el pronto triunfo del acuerdo mencionado del Congreso de Cazadores.

Terminamos consignando que frente á los cotos nos pronunciamos por los criaderos de caza. ¿Cuál es lo más cuerdo y práctico?

M. C.



La pelota, los dulces y la caza

Si por discusión razonada y tranquila convinieráramos en que para los *pelotaris* y aficionados á este vigoroso juego sería una desgracia, un gran disgusto, ver que un día, por ley del capricho, se mandaban derribar todos los frontones, prohibiendo bajo penas severas que se levantaran otros nuevos, y que por otra arbitraria forma de mando se prohibía también la confección y venta de dulces en todas sus formas y caprichos de variada exhibición, y viéramos que, airados y fuertes lo mismo los partidarios del *sport* vasco que los aficionados á las golosinas, después de sus naturales protestas contra quien les privara de sus especiales gustos, constituyéndose en agrupaciones de legítima defensa contra los autores y causantes de la privación de sus aficiones, ¿no nos parecería á todos justo y natural su proceder? ¿No pensaríamos asimismo que quienes de esta forma obrasen daban pruebas bien claras y patentes de ser espíritus fuertes y hombres convencidos del derecho á defender sus gustos y sus ideales? Pues bien, si todo esto lo podemos considerar, y seguramente lo consideramos, como queda expuesto, ¿qué

razones ó motivos pueden existir, entre los que se llaman y consideran aficionados á cazar, para que no se unan y defiendan de los que por malas artes ó egoísmos intolerables destruyen la caza?

No se me ocultan los distintos argumentos que algunos, los que menos derecho y razón tienen para llamarse cazadores, pretenderían oponer á mis razonamientos; yo sé bien las infinitas disculpas que estos mismos querrían aportar á esta cuestión para justificar sus no buenos procedimientos; pero como disculparse ni es razonar de buena fe ni siquiera lógica justificación, con no escucharlos me ahorro las molestias de sus discusiones que, en último caso, se las aceptaría por escrito en las columnas de esta revista, que seguramente también serían admitidas de buen grado por su Director y por la Junta directiva de la Asociación General de Cazadores y Pescadores de España, cuyos ideales y propósitos para que se cace, siempre y por todos los que se llamen buenos aficionados, con arreglo á la ley, de todo el mundo son y deben ser muy conocidos.

Bien lejos de mi ánimo está la idea de que por nadie sea interpretado el párrafo anterior en el sentido de la más ligera molestia; *no es éste mi sentir*, es que en mi deseo de idealizar esta pícara afición, que ni con mi mucha edad (más de la que algunos me suponen) jamás puedo hacer que se extinga, quisiera que todos, empezando por mí mismo, fuéramos el prototipo completo del ideal, con cuyo deseo, lejos de que nada fuéramos perdiendo, todos y cada uno iríamos ganando mucho en nuestra favorita diversión.

Decíamos antes que nos parecería muy bien que todos los aficionados al juego de pelota, como los que gustan de comer dulces, por el hecho de privarles de sus gustos y caprichos, se unieran no sólo para protestar de lo arbitrario de las disposiciones, sino para trabajar denodadamente hasta conseguir que éstas fueran anuladas y ellos reintegrados en el ejercicio de sus derechos, toda vez que con ello no causaban perjuicio de tercero; y esto que parece una consecuencia lógica de la libertad y del derecho, en cuanto lo queremos relacionar con el fomento de la caza y el derecho de los cazadores, no se me alcanza por qué no podemos realizarlo; aunque si fijamos un poco nuestro pensamiento, si por un momento queremos ser francos y desapasionados de nuestro peor enemigo, que es el amor propio mal entendido, bien clara y terminan-

te encontraríamos la explicación; *el verbo yo* es de una conjunción horrible y odiosa por el egoísmo que demuestra.

En muchas ocasiones, y pensando para mí solo, me hice la siguiente pregunta: ¿La afición á cazar, que tan noble y desinteresada parece, es propensiva al odio ó á la simpatía entre los aficionados? Que debe ser á la simpatía parece lo más justo, pero hay casos y momentos que aparece lo contrario. ¿El por qué? No se explica á primera vista; mas si ahondamos un poco, si examinamos, sobre todo, nuestra propia manera de ser y propensión casi natural que en nuestra raza predomina de querer sobresalir unos de otros, lo cual es un verdadero error por tratarse de una división que después de todo nada resuelve en beneficio general, y que, aunque resolviera, los respetos mutuos que todos y cada uno nos debemos deberían también ser causa principalísima que nos aconsejara la modificación de nuestro proceder de egoístas para no incurrir en la calificación de aquel célebre lego de convento, que al preguntarle si se querían mucho los hermanos en clausura, respondía: *Quia, no señor, se odian, se odian mucho, pero cordialmente*; lo que en buen castellano significa y determina la poca franqueza y resolución para decir lo que se siente, acaso porque en nuestro interior pugne el deseo de hacer también todo aquello que á los demás moleste y perjudique.

Al dar comienzo á este trabajo un solo propósito tenía y un solo deseo me propongo, que es promover un movimiento de agrupación, muy fácil de realizar si los buenos aficionados cazadores de Madrid, si quieren conocer sus intereses, si queremos poner un dique positivo á la mala forma de cazar, si queremos de igual forma perseguir y castigar á los destructores de la poca caza que nos va quedando, no nos queda otro remedio que el nombramiento de vigilantes, *guardas jurados*, para los campos, nombrados y sostenidos por las Sociedades de cazadores; pero como esto cuesta dinero, y no poco, es preciso asociarse en gran número; únicamente así lograremos el castigo de los malos cazadores, para los que no debe haber conmiseración de ningún género. El que destruye es siempre enemigo de la humanidad y carece de razón y derecho para que se le dispense por nada ni por nadie. La ley siempre será ley.

GREGORIO MARTÍNEZ LÓPEZ

Enero de 1914.

LA CAZA MAYOR

IMPRUDENCIAS MORTALES

De dos accidentes mortales da cuenta la prensa deportiva francesa.

En un monte de Belzelise, cerca de Nancy, se efectuaba una cacería de jabalíes. Uno de los cazadores era el alcalde de Clerey, monsieur Bausson. Ocupaba su puesto, y al sentir ruido entre la jara que le rodeaba creyó que entraba una pieza.

El movimiento que hizo entre la hojarasca confundió á otro cazador, que supuso que tenía cerca una res y disparó su fusil, con tan mala fortuna, que la bala fué á incrustarse en el corazón de Mr. Bausson.

Otra cacería, también de jabalíes, se celebró en Chaumont.

Un joven cazador, Mr. Delgoutté, de veinticinco años, vió desde su puesto que los perros de la jauría acorralaban á un jabato ya herido, y queriendo cogerle vivo se acercó al animal armado del cuchillo de monte.

Otro cazador, que había visto al jabalí, pero no á Delgoutté, disparó contra la pieza; pero la bala hirió en los riñones al imprudente joven, que fué recogido en estado agonizante.

Hace unos días ocurrió en Asturias un suceso lamentable, pero que afortunadamente no tuvo aquéllas consecuencias.

Con motivo del temporal de nieves muchos osos han bajado de las montañas, merodeando por las cercanías de los poblados.

En Cangas de Tineo se organizó una batida, distribuyéndose los cazadores por el monte Orna, é inopinadamente se presentó un oso de enorme tamaño. Se dispararon cuatro tiros de carabina y la fiera cayó al suelo.

Creyeron los cazadores que el animal estaba muerto, y le rodearon. De improviso el oso, que no tenía más que unas heridas, se lanzó sobre José Mesa, clavándole sus garras en la pierna y en el brazo derechos.

Otro cazador se arrojó intrépidamente sobre la fiera y consiguió sujetarla el hocico para que, al serle impedida la respiración, soltase la presa. Pocos segundos después de efectuarse la operación, que tuvo resultado feliz merced á las fuerzas hercúleas del astur, otro de la partida hundió su cuchillo en el corazón del oso.

Pesada la fiera, resultó que tenía 253 kilos.



HACIA LA EDAD DE ORO

En el núm. 62 de CAZA Y PESCA, los Sres. Morales, padre é hijo, me dedican sendos artículos.

Como dice el Sr. Morales, padre, muy bien, es difícil no apasionarse y, por lo tanto, evitar que se le escape á uno la pluma en toda cuestión que se tome con verdadero interés y cariño; por eso paso por alto las puntadas personalísimas que me atizan y haré lo posible para no corresponder en la misma moneda.

Permítame el Sr. Morales y Peralta expresar mi convicción, de que los caminos que seguimos no son tan opuestos que no nos sea dado el encontrarnos; los dos tenemos el mismo ideal; el fomento de la caza en provecho de la Nación. ¿No es eso ya encontrarse? El que para este fin sigamos distintos derroteros no significa nada, puesto que la meta es la misma. Muchas ganas tengo de conocer á usted personalmente y muy grato será para mí el día en que pueda estrechar su mano, pues admiro en sus escritos sus vastísimos conocimientos prácticos y su inagotable constancia en la lucha por su ideal, que revelan y patentizan el cazador verdad.

En cuanto al autor de *Y torna con el extranjero* tiene buenas condiciones, pues demuestra ser muy aficionado; pero debe ser muy joven, porque le falta práctica. Celebro infinito que reconozca que hay que *conservar los vedados á toda costa*; á eso íbamos y huelga decir que, puesto que los vedados son tan importantes para el fomento de la caza, vale más pecar por más que por menos, máxime teniendo en cuenta que aunque en teoría exista diferencia entre «vedado» y «coto» de caza, en la práctica no se distingue esa diferencia, y si estriba solamente en que uno paga impuesto y otro no, con establecer el «impuesto de caza» que

proponía yo en uno de mis anteriores comentarios, quedaba solucionada la cuestión.

No hay duda que en esas sesiones dobles y diarias que se celebraron durante cuatro meses se ventilaban todas las cuestiones habidas y por haber referentes á la caza; pero hay dos puntos sobre los cuales no he oído decir nada, y no dudo que D. Miguel Morales podría satisfacer mi curiosidad; el primero es ¿qué impuestos ó tributos pagan actualmente los vedados de caza en las diferentes provincias de España?, y el segundo, al tratarse de la unión de todos los cazadores de España ¿no se tomó en cuenta la Federación de las Sociedades existentes? Todas, creo, estarían conformes con la Federación y muy pocas con la Asociación General, porque esto significa perder su nombre, y esto, sobre todo para aquellas que ostentan la corona real en sus insignias no es admisible no precisamente por amor al régimen, porque difícilmente se encontrará una Sociedad cinegética en que no estén representadas todas las ideas políticas, sino por la simpatía que tiene Su Majestad D. Alfonso XIII (q. D. g.) el privilegio de inspirar á todos, sin excepción, los que hayan tenido el alto honor de hablar con él.

La contestación á la primera pregunta podría sorprender á más de uno que basa su criterio en los libros, demostrando una lamentable carencia de práctica, y en cuanto á la segunda, si se toma en cuenta no dudo que el resultado sería un paso agigantado, sino la realización efectiva hacia la edad de oro, ó sea la unión de todos los cazadores españoles. La Federación sería fácil relativamente de llevarse á cabo, si se considera que durante los meses de invierno hay en Madrid socios, sino de todas, de la mayor parte de las Sociedades cinegéticas de España.

En cuanto á las preguntas que me hace el

distinguido letrado, es cierto que se han debatido y contestado jurídicamente; pero no lo es menos el que no he visto demostración práctica alguna de lo que se pretendía comprobar, y en esto, como en tantas otras cosas de la vida, una cosa es lo que debe hacerse y otra cosa la que se hace, y puesto que la costumbre hace ley, no se puede negar fuerza legal á lo que se hace. Usted me pregunta si podré convencerle de que la caza no es una riqueza pública independiente del derecho de propiedad. Soy muy viejo para pretender convencer á nadie, pues sé que no hay peor sordo que el que no quiere oír; pero puedo comprobar á usted que cuando solicité un «vedado de caza» se me exigió oficialmente, no la conformidad de los usufructuarios de las tierras y de los montes, sino la de los propietarios, á pesar de que los usufructuarios son los que se benefician con la renta del vedado; luego la caza no es independiente del derecho de propiedad, puesto que autoridades idóneas reconocen el derecho que asiste al terrateniente de disponer de la caza, dando así la puntilla á la tan cacareada máxima jurídica *res nullius primo occupanti est* en lo que se refiere á la caza, porque nadie puede disponer de lo que no es suyo.

Aunque lo que antecede contesta á todas sus preguntas, voy á contestar más detalladamente á la segunda, ó sea: ¿Puede el dueño de una finca, porque así le viene en gana y sin otros requisitos legales, aprovecharse de la caza que en ella se encuentra, hacer suya esa riqueza pública sin más títulos que el de propiedad? La pregunta es de una candidez infantil, porque, aunque se vaya á cazar con una pareja de la Guardia Civil, bien tonto será el terrateniente que no sepa por mil medios impedir el que se cobre una sola pieza, sin contar que la ley seguramente no le deja desamparado, y usted, como letrado, debe saberlo, aunque lo oculte para dar más fuerza á su campaña en pro del derecho de cazar.

Está usted muy equivocado al asegurar que lo que yo quiero es que sólo cacen los ricos y que no existan tierras libres; lo que quiero es fomentar la caza, y como usted mismo reconoce que los vedados son los únicos criaderos de la caza, soy partidario de que no haya terrenos libres.

Es lástima que un joven que se ha empollado tan bien toda la parte jurídica referente al derecho de cazar, no haya estudiado un poco mejor el respeto que se debe á la Patria. La prensa es una bala cuyo alcance y, por

lo tanto, penetración es imposible medir, y por eso se debe tener mucho cuidado con lo que se escribe sobre paisanos y costumbres. No tocaría yo este punto si, en sus observaciones etnográficas hubiera usted tenido la desgracia de atinar con nuestras flaquezas (no hay nación ni hombre que no las tenga), para criticarlas y ridiculizarlas; pero se conoce que donde más ha visitado usted el extranjero es en el cine, pues la fechoría de la estatua de Pontejos no deja de ser una chiquillada comparada con las que se hacen en otros países; basta con recordar Lynch, Jack the ripper, Bonnot, etc., etc., y como esto va resultando muy largo me limitaré á manifestarle, para su gobierno, que esos rótulos que tanto le avergüenza ver en España son importaciones del extranjero; sobre todo el de «cuidado con los rateros» es yanqui de pura cepa; Cuba y Filipinas lo patentizan.

Tan enemigo de todo lo extranjero y emplea las palabras *kaiser* y *stand*. ¿No es esto una incongruencia, Sr. Morales?

G. DE GISBERT

Bilbao y Diciembre de 1913.

..

Como el artículo que antecede llegó tarde á nuestro poder, pues se encontraba en máquina el número anterior, hoy lo insertamos muy gustosos y á continuación su réplica que teníamos confeccionada.

Vean, pues, nuestros lectores que proseguimos la campaña en favor del derecho de cazar, animados del mismo espíritu de imparcialidad, y que no dejamos de insertar íntegras cuantas opiniones ó criterios se sustenten en lo que al fomento de la caza se refiere.

Continuaremos la polémica entablada sin que nos hagan cesar en ella las insidias ó ataques que se nos dirijan, á los que procuraremos contestar con la mayor mesura, pues hemos repetido infinitas veces que la injuria no es el arma propia de caballeros, que no la sabemos manejar, pero que respondemos siempre de nuestros actos porque jamás nos apartamos de la razón y del derecho.

• • •

Hacia el feudalismo

¿Conque se nos ha incomodado el Sr. Gisbert? ¿Conque no quiere ni tenderme la mano de amigo?... ¡Caramba!... ¡Caramba!

Aquí tienen ustedes el mayor de los contrasentidos: declara que soy muy joven (gracias,

Sr. Gisbert) y que me falta práctica, y él, que dice ser muy viejo, es el que se incomoda.

No, Sr. Gisbert, no hay motivo para ello; le declaro, bajo mi palabra honrada, que ni traté de molestarle ni le guardo el menor rencor por sus alfilerazos; al contrario, le admiro y me considero orgulloso al tener enfrente á tan respetable compañero de afición.

¿Que me falta práctica? ¿Quién lo duda? ¿Quién puede blasonar de ella en esta vida?

Todo lo poco que sé á mis tiernos años (creo que son treinta y cinco mal contados) se lo debo á mi padre, á ese venerable cazador cuyo lema fué siempre *vivir para cazar*, á ese entusiasta aficionado que cuando apenas salí de la lactancia me llevaba en el morral, de espalda á sus más famosas excursiones cinegéticas.

Desde entonces sentí indignación (caso de precocidad) por esos terrenos acotados y amojonados que por el sólo hecho de tener deslindada la propiedad, impedían al cazador ejercitar el derecho de caza.

Con mi referido padre, del que jamás me separé, he asistido á innumerables reuniones y sociedades de cazadores, y más tarde figuré en las Juntas directivas de estas últimas, y siempre, en todas partes, de todos los labios escuché las mismas palabras: «Esos acotados y amojonados constituyen una burla, un atropello al legítimo derecho de cazar.»

Y, por último, en fecha recientísima, en el Primer Congreso Nacional de Cazadores celebrado en Mayo último, fuí Secretario ponente de dicha magna asamblea y pasaron por mis modestas manos centenares de informes de todas las sociedades de España, y en todos ellos, sin excepción alguna, se pedía la abolición de esos acotados y amojonados.

Aún hay más, y esto es aplastante: en Bilbao, donde tiene su domicilio el Sr. Gisbert, existen cazadores que también trinan contra tales terrenos. ¡Los mismos compañeros del Sr. Gisbert!

Que somos partidarios de los vedados de caza lo venimos diciendo desde tiempo inmemorial; ¡pero no se había enterado el señor Gisbert? Ya demostramos cumplidamente que en éstos se dan todos los requisitos necesarios de propiedad de la caza que en ellos se ería; pero no ocurre lo mismo con los acotados y amojonados, que deben desaparecer de nuestra ley de Caza en cuanto se les reconoce con iguales derechos, ó muy parecidos, á los vedados.

Establecimos que los terrenos, á los efectos

de dicha ley, deben clasificarse en *vedados de caza, cerrados materialmente y libres*. De esta manera tuvimos la osadía de entender que se armonizaban mejor los derechos del cazador y del propietario.

¿Por qué no se convierten los acotados y amojonados en vedados de caza? ¿Para qué crear impuestos de caza? ¿Es que le parecen pocos al Sr. Gisbert los que actualmente gravan la propiedad?

El impuesto de caza es una idea del señor Gisbert; no hemos de oponernos á ella; desarróllela y defiéndala, y si nos convence cooperaremos con nuestro humilde esfuerzo á su implantación.

¿Que los vedados de caza no tributan como tales? La ley lo establece... Pasemos un tupido velo sobre las causas, que seguramente el Sr. Gisbert no ignorará, pues son de todos conocidas.

El Congreso de Cazadores no tomó acuerdos sobre este asunto, aunque lo tuvo en cuenta, por no ser de la competencia del Ministerio de Fomento, que fué el que invitó á las Sociedades á la reforma de la ley de Caza, y así lo indicó el Director general de Agricultura al inaugurar oficialmente el referido Congreso, como también indicó en su notable discurso, que nuestra labor sobre la reforma de la ley de Caza no debía contradecir las leyes fundamentales ni sustantivas del reino, porque de lo contrario nuestro trabajo resultaría estéril.

Por cierto, Sr. Gisbert, que cuando fuimos en comisión algunos individuos de la ponencia á visitar al Sr. Ministro de Fomento para hacerle entrega de las conclusiones aprobadas y le manifestamos que todos ó una inmensa y abrumadora mayoría de los cazadores, según los informes que teníamos á su disposición, pedíamos la desaparición de los amojonados y acotados y que sólo tres ó cuatro legisladores de guardarroña deseaban que no hubiese terrenos libres, nos contestó sonriente: «¡Y tanto como me gusta cazar en esa clase de terrenos! ¡Como que no cazo en vedado!»

Ignoro si el actual Ministro será aficionado á la caza, y por tanto, si sostendrá igual afirmación respecto á los terrenos libres; pero lo que me consta de un modo indudable, es que es un ilustre abogado, que ha sido fiscal del más alto tribunal de la Nación, que veló por el cumplimiento de la Ley y que publicó notables circulares.

No he de perder el tiempo en demostrar al

Sr. Gisbert que lo de la Federación de las Sociedades de caza fué iniciativa de la Asociación General de Cazadores y Pescadores de España, que la lanzó á los cuatro vientos sin esos prejuicios egoístas que insinúa el Sr. Gisbert, que la idea fué aprobada por aclamación en el Congreso de Cazadores y que se están realizando los trabajos necesarios para la consecución de tan beneficioso fin. ¿Aún no se había enterado el Sr. Gisbert? ¿Ha satisfecho ya su curiosidad?

Esas solemnidades que necesitó para declarar vedado de caza unos terrenos, eran lógicas, no ya legales, sino perogrullescas. ¿Tendría gracia que el propietario, el dueño de la nuda propiedad, no diera su consentimiento para desmembrarse de derechos dominicales? Y si el Sr. Gisbert no declara esos terrenos «vedado de caza», ¿hubiera impedido que los demás cazasen en ellos?

Fíjese que la ley, al hablar de los derechos del propietario con respecto á la caza, se refiere á los vedados, á los cerrados y á los que tienen como explotación secundaria la caza y están acotados ó amojonados, pues en todos los demás se puede cazar cuando están levantadas las cosechas. ¿Para qué hablar de cosechas si el propietario fuese dueño absoluto de la caza? ¿Es que dentro de los propietarios existen clases?

Aún llega más allá el reglamento para la ejecución de la vigente ley al establecer en sus artículos 14 y 15 que el arrendatario de los montes del Estado, comunales ó de propios y el de los términos municipales tiene necesidad de hacer la declaración de «vedado de caza» para impedir que otros ejerciten su legítimo derecho á cazar en esos terrenos.

Y si aún no está convencido el Sr. Gisbert, vuelva á leer las notas que consignamos en los números 57 y 59 de CAZA Y PESCA, y así nos evitará tenerle que repetir cuanto sobre este particular entienden los jurisconsultos; no olvide aquella definición de propiedad que contiene la ley 1.^a, título XXVII de la Partida 3.^a: *Poder que ome ha en su casa de facer de ella ó en ella lo que quisiese*, SEGUN DIOS é SEGUN FUERO, que aún consigna nuestro moderno derecho. SEGUN DIOS é SEGUN FUERO, la propiedad tiene limitaciones, y una de ellas, desde tiempo inmemorial y por derecho de gentes, es la que se refiere á la caza.

¿Que existen medios legales para impedir la entrada en una propiedad y con ello el libre ejercicio de la caza? Certísimo; pero es lo que tratamos de evitar; lo que pedimos,

por tanto, es que se aclare esa ambigüedad, que desaparezca de una vez esa contradicción, precisamente es el alma de esta polémica que el Sr. Gisbert quiere llevar por otros derroteros. Si un propietario quiere impedir que el cazador pise su terreno, que lo declare vedado de caza, que lo cierre materialmente, que lo haga saber de un modo ostensible, que no dé lugar á dudas para que no pueda jamás torcerse el espíritu de la ley.

¿Quiere decirme el Sr. Gisbert dónde se puede cazar, de prevalecer la teoría contraria?

¿Que las costumbres no están en armonía con la ley?... Volvamos á correr aquel tupido velo para no explicar las causas que tampoco desconocemos. Luego la ley se hizo para no cumplirse; lo único vigente es la costumbre, esa mala costumbre á que usted se refiere y que ha degenerado ya en vicio vergonzoso.

No, Sr. Gisbert, esa no es la costumbre. Ésta consiste en la repetición de actos de la misma especie; es práctica muy usada y recibida que ha adquirido fuerza de ley.

Fórmase la costumbre como al lenguaje, obedeciendo á determinismos de tiempo, clima, lugar, origen, raza, religión, estado político y social, etc., etc.

La costumbre es una de las fuentes principales de derecho escrito. Necesita entre otros requisitos *ser con derecha razón y no contra Dios, ni CONTRA DERECHO NATURAL, ni contra precomunal de toda la tierra del lugar do se face, que se use durante diez ó veinte años sabiéndolo el señor de la tierra y no contradiciéndolo...* Esto decían las Partidas; nuestro Código civil en el art. 5.^o dice: *Las leyes sólo se derogan por otras leyes posteriores, y no prevalecerá contra su observancia el desuso, NI LA COSTUMBRE Ó LA PRÁCTICA EN CONTRARIO*, y si luego la admite lo hace, en determinadas instituciones, *la costumbre local fuera de ley*, pero siempre con carácter supletorio, como regla de interpretación.

El art. 6.^o en su párrafo segundo dice: *Cuando no haya ley exactamente aplicable al punto controvertido, se aplicará la costumbre del lugar y, en su defecto, los principios generales del derecho.*

La ley de Bases y la disposición final, artículo 1976, confirman estos preceptos.

En derecho administrativo se reconoce la validez de las costumbres locales de policía urbana y rural que no están en oposición con el derecho escrito.

Por algo decía un ilustre maestro en leyes: *Dejar á los pueblos que se rijan por sus costum-*

bres es propio de Sociedades que están en su infancia.

Los alemanes Pachta, Beseler, Thol, Lüders, Zitelmann, Brie, Sheurl, Kruckmann, Schuppe (1890), Pfersche (1895), Kuitschky (1898), Schmidt (1899), entre otros, se ocuparon extensamente de estas cuestiones. La bibliografía alemana es la que más abunda en esta materia. Ya comprendemos por qué el Sr. Gisbert, batiéndose en retirada y como supremo esfuerzo, se escudó con la práctica para sacar á relucir eso que él llama costumbre.

Esto sería cuestión muy extensa para tratar en una revista, es propio de un voluminoso libro; por eso no he de insistir sobre el particular y no es preciso, porque sólo con el sentido común se comprende la enormidad de tamaña afirmación.

Esto va resultando exageradamente extenso por la índole de las cuestiones que usted me presenta; así es que terminaré lo más pronto posible para no fatigar á los lectores.

¿Que no quiere usted que existan terrenos libres? Ya lo sabéis modestos cazadores, miserables jornaleros; si prevalece este criterio, no podréis llevar el sustento á vuestros hijos. ¡Viva el feudalismo!

Lo que no puedo tolerar, Sr. Gisbert, es que ponga en duda mi acendrado amor á mi país. ¿Quién demuestra más amor á su patria: el que defiende sus principios de derecho, sus vigentes instituciones, sus fueros y costumbres (no las que usted llama costumbres) ó el que quiere extranjerizarla, borrar todas sus tradiciones con unos preceptos ridículos y que no encajan en nuestro suelo?

Sin duda alguna, una mala postura en el lecho, una laboriosa digestión, algo que no es su estado normal, le ha hecho soñar esas cosas que nos *empuja* en letras de molde.

También quiere darme una lección sobre el alcance de la Prensa, cuando antes que modesto abogado soy humilde periodista y llevo trabajando en la prensa madrileña de gran circulación diez y ocho ó veinte años y he hecho de ella una profesión con la que mantengo mi hogar.

¡Claro! Como usted no encuentra argumento serio con que convencernos, saca usted las cosas de quicio y las lleva por otros caminos completamente contrarios á nuestros propósitos. Serene los nervios para no dar palos de ciego.

No crea usted, Sr. Gisbert, que el «cine» no es educativo; se entera uno de lo que pasa por el mundo, se hacen deducciones y se que-

da uno convencido de que no nos parecemos en nada al extranjero y cada vez sentimos más amor por nuestra Patria.

Sin embargo, tuve el atrevimiento de hacer un viaje á Nueva York, donde permanecí un mes, desde donde me trasladé á la Habana. Esto ocurría hace dos años y no vi nada de lo que usted asegura, á pesar de haber hecho recorridos en el *elevado* y en el *tubular* y en el *subterráneo*, pero mis afirmaciones no demostrarían otra cosa sino que los españoles somos más confiados, nos anima una extremada dosis de buena fe ó candidez, somos más desprendidos cuando nos hacen falta esas observaciones.

En efecto, será incongruente emplear palabras extranjeras cuando soy tan amante de todo lo español, en contraposición de usted que ama tanto lo extranjero, pero están al alcance de cualquier modesto diccionario ó revista ilustrada. ¡Porque una vez quise hacer un pinito me saca usted los colores á la cara! ¡Qué intransigente es usted, Sr. Gisbert!

Si hubiera usted estudiado más legislación y menos idiomas, podríamos discutir con más provecho porque á mí no me avergüenza haber conseguido mi modestísima cultura jurídica en los libros, no en la vida contemplativa. Mi talento es tan limitado que no traspasa los límites de los libros de Derecho, donde aprendí la abogacía y que el derecho de cazar es innato en todos los hombres. ¿Quiere usted decirme dónde se aprende el Derecho?

La ciencia de usted es mucho más elevada, como que es superior á los libros.

Me imagino un inmenso campo, dilatadísimo, y en él una enorme muchedumbre que mira hacia el lejano horizonte, donde se divisa un insignificante bulto que se mueve y se revuelve. La muchedumbre es la abrumadora representación de los partidarios de que desaparezcan los acotados y amojonados, y el bulto es el Sr. Gisbert, que se ha quedado solo con su opinión en contrario.

No obstante sus ataques personalísimos, mi buen amigo Sr. Gisbert, le tiendo mi mano con toda sinceridad; nada tiene que ver nuestra disparidad de criterios en lo que á la reforma de la ley de Caza se refiere, para que seamos buenos y leales camaradas. Suelo defenderme en la misma forma en que me atacan, pero mi pecho no abriga rencores para nadie y menos para una persona tan culta como el señor Gisbert, á quien admiro y respeto.

MIGUEL MORALES



CUENTO DE REYES

¡Lo que va de ayer á hoy!

Antes, la noche de Reyes era para mí una noche deliciosa.

Al sonar las doce campanadas, mi padre tocaba una corneta y armaba un estrépito horrible para que nosotros nos creyéramos que eran los monarcas de Oriente que pasaban por debajo de nuestros balcones y nos dejaban el consabido regalito en los zapatos.

Nosotros palmoteábamos de gusto contemplando el obsequio, aunque la mayoría de las veces solíamos regañar porque uno salía más favorecido por los soberanos que los otros.

El autor de nuestros días dirimía tales contiendas, ora por la persuasión, ora por la corrección pacificadora, y nos dormíamos abrazados á los juguetes y pensando en la estrella de Belén que brillaba en el cielo.

Me acuerdo que una de aquellas noches un hermanito mío, más pequeño que yo, me llamó aparte con mucho misterio y me dijo:

—¿Á que no sabes una cosa?

—¿Qué cosa?

—¿Á que no sabes quiénes son los Reyes Magos?

—¡Anda, éste! ¡Ya lo creo que lo sé! Los Reyes Magos son Melchor, Gaspar y Baltasar.

—¡Eres un imbécil!

—¿Y á qué viene ese insulto?

—¡Bobo, más que bobo! Los verdaderos Reyes Magos son papá, mamá y la abuelita.

—¡Estás loco!

—¡Sí, loco! Como que yo mismo los he visto colocar los juguetes en los zapatos.

—¿Y esos ruidos y esas trompetas que se sienten todos los años en esta noche?

—Papá, que descuelga el cuerno de caza y se da un solo de bocina como el que tú y yo hemos oído tantas veces.

—No te creo.

—Bueno; peor para ti.

—¿Á que no lo dices en la mesa delante de todos?

—¿Á que sí lo digo?

—¿Á que no?

.....
¡Y lo dijo!

Fué tan mentecato como todo eso.

Naturalmente, mi padre tuvo á bien hacerle esta advertencia sublime:

—¡Bravo, hijo mío! Veo que tienes un talento que no te cabe en la cabeza. De hoy más, puesto que tú no crees en los Reyes Magos, no sacarás tus botas al fresco, ¿eh?... Y no desilusiones á tus hermanitos, más dotados de inocencia que tú.

Cuando el pobre me dió á conocer la filípica del autor de mis días, me eché á reír primero, y luego, *in mente*, hice promesa formal de seguir creyendo en los obsequios de los

monarcas de Oriente hasta que tuviera canas en las cejas.

Por eso, pasados algunos años, el único que recibía regalitos de los Reyes era yo; yo, que no me apeaba de mi burro ni á tres tirones.

Mi padre se debió dar cuenta de todo, cuando una víspera me soltó á quemarropa:

—¿Has puesto tus zapatitos al balcón?

—Sí, papá.

—Pues anda, hijo de mi alma, vé corriendo á recogerlos, que se pueden acorchar con el frío.

—¿Y qué dirán los Reyes?

—Los Reyes dicen que ya eres muy grandullón para que les tomes el pelo.

—¿Están ofendidos conmigo? ¿Qué les hice yo?

—¡Mira, asombro de sinvergüenzas, déjate de hipocresías y saca las botas, pero á la carrera!

—¡Si yo creol...

—¡Sácalas, he dicho!

—Bueno, las sacaré; pero seguiré creyendo, aunque las saque.

—Seguirás creyendo que soy un padre imbécil y...

—¡No te incomodes, que bastante has tocado la corneta de más!

.....
.....
Y allí acabó la, para mí, tan deliciosa noche.

Sin embargo...

Yo soy un hombre tradicionalista en extremo. Amo con delirio todas esas fiestas, y me complazco al celebrarlas, porque con ello creo cumplir un deber y porque todavía no he logrado modernizarme.

Así que no se asombrarán ustedes por lo que á contarles voy.

Me pasó esta mañana, antes de venir á mi trabajo, y me dió tema para escribir este articulito, que voy completando deliciosamente.

Es el caso que, como he dicho, observo punto por punto lo que de niño aprendí, y al saber que anoche era la noche de Reyes, ¿qué hice? Sacar los zapatos al balcón y acostarme pensando en la llegada de los personajes bíblicos.

Gocé infinitamente; me rejuvenecí; contemplé á mi sabor las simpáticas fisonomías de Melchor, Gaspar y Baltasar, que se llegaban á mí y, después de darme unos golpecitos en la nuca, me regalaban un don Toribio y me preguntaban por un sobrino de Barroso que murió en el desierto.

Yo les aceptaba el regalito, guardándome-lo para mis ratos de ocio, y les pedía que me dejaran montar en un camello violeta que rumiaba á espaldas mías.

—¡Que te vas á caer!—me advertían los soberanos.

—¡Que no me caigo!—insistía yo.

Y cuando estábamos en éstas, el animal se incomodó y me largó una coz de camello ordinario que me tiró de espaldas.

Al golpe, como es natural, volví en mí.

Mi despertador sonaba que ni la bocina de mi padre.

Pegué un salto y corrí al balcón en busca de las fundas de mis pies, que me estaban haciendo falta.

Mi asombro no tuvo límites. Dentro de una de mis botas había una carta.

Me restregué los ojos para convencerme de que estaba bien despierto, me mordí el dedo meñique para aseverarme y, por último, libre de dudas, rasgué el sobre.

¿Qué sorpresa me reservarían los Reyes? Porque aquello, no cabía duda, era un regalo de los Reyes, un premio á la fe que no me abandonaba en ningún momento.

Temblando de emoción, desdoblé el sobre y leí:

«Por un terno de lana, 125 pesetas.»

Y me tragué el regalo.

E. MORALES DE ACEVEDO



Sobre la reforma de la ley de Caza

El notable artículo «Sobre la reforma de la ley de Caza» que hemos insertado en los números 64 y 65 de CAZA Y PESCA, es debido á la culta pluma del Presidente de la Asociación de Cazadores y Pescadores de Navarra, Sr. Arvizu. Con esto satisfacemos la curiosidad de los muchos lectores que nos lo han preguntado.

Es un trabajo digno de su autor, á quien rendimos el mayor culto de admiración y con el que estamos en un todo conformes.

Así se escribe, así se razona.

Reciba nuestra entusiasta enhorabuena y no nos prive de sus concienzudos y notables trabajos, que honran al cazador y al juriconsulto.



DESDE VALENCIA

(De nuestro redactor correspondiente.)

Caza acuática.

En el renombrado coto de Sueca se llevan celebradas al presente cinco tiradas.

De la primera tuve ocasión de ocuparme en uno de los números anteriores de esta revista.

La segunda tirada se verificó el día 29 del próximo pasado mes de Noviembre, con la consiguiente disminución en el número de fúlicas y un aumento relativo en el número de patos.

Esta segunda tirada conserva todavía algo del carácter popular de la primera, pues son muchas las escopetas que concurren á las inmediaciones del coto, desde donde saludan la entrada de las primeras aves con los disparos correspondientes.

El escaso botín que en ella se obtuvo ya esbozó previamente el resultado de las restantes tiradas.

Y así es, en efecto, como puede comprobarse por el detalle de los números.

SEGUNDA TIRADA

- Núm. 4.—Sres. Cuñat y Albiach, 131.
- Núm. 2.—Sr. Menaya, 61.
- Núm. 3.—Sr. Altarriba, 31.
- Núm. 38.—Sr. Monfort, 30.
- Núm. 14.—Sres. Cubells y García, 118.
- Núm. 25.—Sres. Martínez y Hernández, 37.
- Núm. 22.—Sr. Gay, 60.
- Núm. 54.—Sres. Baixauli y Casáns, 97.

De los restantes puestos no tengo noticia exacta.

TERCERA TIRADA

En esta tirada fueron favorecidos los puestos siguientes:

- Núm. 1.—Sres. Mery y Tejedo, 130.
- Núm. 14.—Sres. Cubells y García, 114.
- Núm. 24.—Sres. Baixauli y Casáns, 95.
- Núm. 2.—Sr. Menaya, 52.

CUARTA TIRADA

- Núm. 1.—Sres. Mery y Tejedo, 62.
- Núm. 14.—Sres. Cubells y García, 63.
- Núm. 4.—Sres. Cuñat y Albiach, 44.
- Núm. 25.—Sres. Martínez y Hernández, 21.
- Núm. 24.—Sres. Baixauli y Casáns, 35.

QUINTA TIRADA

- Núm. 2.—Sr. Martínez (D. Lorenzo), 80.
- Núm. 1.—Sres. Mery y Tejedo, 63.
- Núm. 14.—Sres. Cubells y García, 27.
- Núm. 6.—Sr. Chirona, 23.
- Núm. 3.—Sr. Altarriba, 15.
- Núm. 7.—Sr. Cru, 15.
- Núm. 24.—Sres. Baixauli y Casáns, 33.

Las razones fundamentales de estas malas cacerías las hacen radicar la mayoría de los aficionados en las temperaturas otoñales benignas, en la dirección de los vientos y en otra porción de concausas atmosféricas por el estilo. Y aunque todos estos accidentes atmosféricos no sean elementos despreciables en la resultante de la caza acuática, no tienen nada de esencial, según opinión, que admito, del inteligente aficionado de Cullera Sr. Bru, como bien claramente lo demuestra en su reciente folleto titulado *Notas de caza*.

Hay que leer detenidamente dicho folleto para poder apreciar, cual se merece, el concienzudo estudio hecho por el Sr. Bru de la caza de patos y fúlicas en los cotos artificiales de la provincia de Valencia.

Entiende el Sr. Bru, y mi humilde opinión está con él, que las palmípedas son aves emigratorias que todos los años nos visitan en gran número, sin que pueda existir causa justificativa de lo contrario, pues el área de dispersión de las aves que nos ocupan es tan inmensa—dice tan distinguido aficionado—que comprende casi el mundo entero, y, por consecuencia, la mala cría no puede ser general, dado el gran número de criaderos que tienen dichas aves y lo distanciados que están unos de otros.

El verse en nuestras lagunas menos caza acuática unos años que otros depende única y exclusivamente, según opinión tan autorizada, de las condiciones del suelo, donde tienen su comida patos y fúlicas.

Dichas condiciones quedan reducidas á la de sequedad ó blandura del terreno.

El terreno blando, dice el Sr. Bru, retiene la caza tiempo y tiempo y la dispone en buen sentido para que se entregue en las tiradas.

El terreno duro, por el contrario, esquiva la caza, pues como la tierra no permite hincarle el pico, el sinnúmero de semillas, insectos y raíces que cubre resultan perdidos como alimento.

Ahora bien, en opinión de dicho Sr. Brú, que razona y prueba en sus *Notas de caza*, el

terreno se puede secar ó endurecer de dos maneras distintas:

1.^a Por privarle del agua que le cubre y exponerle á la acción de los elementos atmosféricos.

2.^a Por la acción de las tormentas, cuyas tormentas no sólo endurecen el terreno, si que le priva ó mata en breves momentos los insectos acuáticos, ranas y peces que contiene, y que constituyen el principal alimento de las aves acuáticas que nos ocupan.

El Sr. Brú saca de lo expuesto anteriormente la siguiente consecuencia, aceptada hoy día por numerosos aficionados:

La caza acuática llegada á nuestros *vivats* de las diferentes partes del mundo se queda en ellos si los terrenos embalsados tienen ó conservan las condiciones de blandura indispensables á esta clase de aves, y al mismo tiempo no han sobrevenido fuertes temporales ó tormentas que influyan de una manera perniciosa en las plantas acuáticas é insectos que dichos terrenos contienen. Y por el contrario, la caza llegada va desapareciendo insensiblemente si las condiciones de las tierras son contrarias á los precedentes ó sobrevienen los accidentes atmosféricos antes dichos, y cuyo pernicioso resultado queda avalorado por la experiencia.

En apoyo de esta opinión, puede citar el Sr. Bru numerosos casos, en que antes de la subasta de los puestos ya predijo el resultado de las tiradas, fundándose en las consideraciones expuestas.

Las tiradas que este año se celebran en Sueca vienen á corroborar de una manera palmaria lo que dicho señor sustenta y que sómeramente llevamos expuesto. Al efecto, por la recolección del arroz, que es cuando precisamente tienen menos nivel de agua los campos, sobrevinieron fuertes tormentas que dejaron el suelo del coto en malas condiciones para la comida de los patos y fúlicas, cuyas malas condiciones se han reflejado en el resultado de estas cacerías, que ha sido pésimo, contra lo que era de esperar, dada la supresión este año de los cotos de Cullera y Sollona, por causas ajenas á la voluntad de los cazadores.

El Sr. Bru, para evitar en lo sucesivo estos lamentables fracasos, recomienda en su bien meditado folleto se adopten, por común acuerdo de cazadores y propietarios, las tres medidas esenciales siguientes:

1.^a Procurar que los campos retengan la mayor parte posible del agua que los cubrió

durante el verano, y no demorar, pasada la siega, llenar el coto con agua del río.

2.^a La reunión de propietarios para acordar si las tiradas deben celebrarse á primeros de Agosto; y

3.^a El arriendo de pesca, que se hace á últimos de Junio y para uno ó más años, debe celebrarse á últimos de Enero y tan sólo para los cuatro meses que median desde el primero de Febrero al último de Mayo.

Estas tres medidas son muy atinadas y creo firmemente, á cierra ojos, que si la Junta del coto las pusiera en práctica al pie de la letra, como queda consignado, la afición quedaría satisfecha sin perjudicar, antes bien beneficiar los intereses de los agricultores.

ENRIQUE CASÁNS

Valencia, Diciembre 913.



Una batida de corzos en Rincón de Medik⁽¹⁾

En una de las noches más crudas del invierno que corre, los buenos aficionados D. Maximiliano Spiegelberg, D. Alfonso Ciarán, Don Francisco Pérez Fernández y el que suscribe, hacían su entrada por una senda-arroyo llena de piedras y malezas en Navacerrada, pueblo de 249 habitantes, á 20 kilómetros de la cabeza del partido, ó sea Colmenar Viejo, á 50 de la capital de España y á cuatro del ferrocarril.

Fuimos á dicho pueblo con el fin de dar al siguiente día una batida á los corzos de aquellos contornos.

Á dicho efecto, y una vez instalados en una de las mejores casas del lugar, procedimos á los preparativos consiguientes, ultimando al propio tiempo los detalles necesarios para el buen éxito de la cacería.

Llegada la hora de dar á nuestros cuerpos un poco de reposo para resistir las fatigas que

(1) Léase Navacerrada.

nos esperaban, nos retiramos á nuestros aposentos, en los cuales, si bien es cierto que reinaba una temperatura propia para la cría de pingüinos, no es menos exacto que no se carecía de ropa para abrigarse, y si no dígalo el simpático y festivo súbdito alemán, mi querido amigo el Sr. Spiegelberg, el cual, gracias á su robusta complexión, no se asfixió aquella noche, durmiendo con todas las mantas que se pudieron encontrar en el pueblo, amén de un colchón colocado encima de todo, que llegaba por la poca altura del techo de la habitación á tropezar con el mismo, dejando aquel aterido cuerpo en la más terrible compresión.

Trascurridas algunas horas de apacible reposo, tuvimos que interrumpir el descanso y buscar en las clásicas y sabrosísimas migas el último reparo á nuestras fuerzas.

De noche bien cerrada aún, y con su escarcha correspondiente, emprendimos la marcha á pie, pues en caballería era imposible dada la oscuridad y frío que reinaban, escopetas y ojeadores en dirección á la Maliciosa, sitio donde iba á efectuarse el primer ojeo á los corzos. De día ya, y próximos á las faldas del referido cerro, llegaron á nuestros oídos confusas y lejanas voces que partían del cerro vecino, voces que denunciaban la realización de un ojeo dado por otros cazadores.

Supusimos desde luego serían algunos vecinos del pueblo que sabedores de nuestros propósitos y codiciosos de la caza de su término querían restarnos el éxito en nuestra cacería.

No obstante, dadas las circunstancias y después de un pequeño conciliábulo decidimos seguir nuestro plan, en la creencia de que aquella gente no sería capaz de realizar los actos de barbarie de que más adelante haré mención.

Empezamos, por tanto, á subir el citado cerro de la Maliciosa, en cuya cumbre colocamos las seis escopetas: nosotros cuatro y dos de la comarca. Á las nueve de la mañana y después de una ascensión penosísima por aquellas escarpadas pendientes en las que por la escarcha é impedimenta que cada uno llevaba sobre sí se hacía imposible la marcha, llegamos por fin á los puestos sudando á mares, á pesar de que el termómetro marcaría seguramente varios grados bajo cero.

Colocadas las escopetas y olvidando todas las fatigas sufridas, sin otro anhelo que escuchar el agradable sonido de la bocina, señal de comenzar el ojeo, resonó aquél entre las

enormes montañas desde las que se admira más el inmenso poder de la Providencia. Al repercutir en nuestros oídos los primeros ecos de las voces de los ojeadores aparecieron súbitamente y como salidos de la tierra dos individuos con escopetas y un perro, que se situaron delante y á poca distancia de dos de mis compañeros, dando cara al ojeo. Aunque los momentos exigían el más profundo silencio, no pudieron menos mis amigos que llamar la atención á aquel par de bestias, que osando entorpecer de un modo tan salvaje el ejercicio de nuestro perfectísimo derecho se habían expuesto de un modo inconsciente á recibir un balazo. Mientras tanto nuestros ojeadores, con sus banderines de señal, avanzaban por aquellos riscos y peñas, seis ó siete hombres extraños á nuestra partida les cortaban el paso ó invadían su terreno, y así en desordenado y confuso tropel llegaron hasta las escopetas, terminando el ojeo, si así puede llamarse, pues revistió más los caracteres de ataque á unas posiciones.

Excusado es decir la indignación que aquello nos produjo, y á buen seguro que si la reflexión y la prudencia no hubieran vencido nuestros ímpetus naturales, Dios sabe cómo hubiera acabado semejante acción, propia para ser desarrollada en Rincón de Medik, pero no en un término municipal rayano con la capital de España. Nos limitamos, pues, á reprimir á aquellos cabileños y á dar por terminada la frustrada cacería, ya que nuestro propósito al acudir á aquel terreno fué dar caza al esbelto corzo, no matar á un gaján de aquéllos.

Sébase que la hazaña realizada por aquellos nueve ó diez jarqueños fué inspirada, según después se nos dijo, por Antonio Rubio, hijo del futuro alcalde de Navacerrada y el más rico propietario del pueblo, el cual, en unión de Tiburcio de la Rubia Molero, estanquero de la localidad y de Eusebio de la Rubia, eran portadores cada uno de su correspondiente escopeta, aunque es notorio en el pueblo de que están desprovistos de licencia de caza.

Sébase también, como detalle curioso, que el digno representante de la justicia en el mencionado pueblo, el Juez municipal, al conocer el suceso por boca de uno de nuestros ojeadores, no se le ocurrió más que decir: «cosas de chiquillos».

Nuestra contrariedad como cazadores fué grande, pero ni con mucho puede igualarse á la decepción, vergüenza y pena que experimentamos como españoles, al considerar que

á las puertas de Madrid existen compatriotas capaces de realizar actos tan inauditos. Seguro estoy de que el Sr. Spiegelberg, de no ligarle vínculos de sangre tan estrechos con nuestra raza, hubiera entablado *in continenti* la correspondiente reclamación ante el Cónsul de su país, pues si bien su bondadoso corazón le hace ser indulgente con las faltas del prójimo, no puede olvidar, por su condición germánica, el respeto á la ley y á los derechos individuales.

He montado en unión de los mismos queridos compañeros de esta excursión nefasta y de otros aficionados en Cercedilla, San Rafael, etc., y hasta en la célebre cordillera Las Urdes, y en ninguna parte hemos sido objeto del más pequeño agravio, antes al contrario, aun en el punto último citado no encontramos sino la más cariñosa acogida, á pesar de la fama de incultos que tienen sus pobladores.

Sirva el relato fidedigno que dejo expuesto como aviso y anuncio para aquellos cazadores que, ignorantes de lo que ocurre á 50 kilómetros de Madrid y á cuatro de una línea férrea, acuden á Navacerrada en busca del precioso cuadrúpedo rumiante, y no se olviden que pretender cazar en aquel término equivale á pisar como recluso las losas de un presidio ó á que éstas le aprisionen en el cementerio.

Llamo también la atención de esa Sociedad que con miras altamente laudables está construyendo un sanatorio para los tuberculosos en el sitio denominado Fuente del Gargantón, pues pudiera ocurrir que, dado el estado de civilización y codicia de algunos vecinos del pueblo inmediato, se encontrara el que vaya en busca de alivio de sus dolencias, el día menos pensado, con alguna bala perdida disparada por algún cazador furtivo erigido en señor feudal de aquellos terruños.

Y por último, apelo al recto criterio y reconocido celo de la Asociación General de Cazadores y Pescadores de España, para que, si los hechos descritos, constitutivos de un delito de coacción, previsto y penado en el artículo 510 del Código penal, y de cuya perpetración tienen ya conocimiento los Tribunales, las considera, como no dudamos, de gravedad é importancia, interponga su valiosa influencia cerca de los poderes públicos, á fin de exigir el exacto cumplimiento de la ley de Caza.

LORENZO FERNÁNDEZ DE LA SOMERA

REAL ORDEN INTERESANTE

LAS LICENCIAS DE LOS EXTRANJEROS

Ilmo. Sr.: Vista la consulta dirigida á este Ministerio por el de Fomento con motivo de las dudas expuestas por varios ingenieros jefes del servicio piscícola en provincias, sobre si para la expedición de licencias de pesca á los extranjeros no avecinados en el país necesitan éstos hallarse provistos de cédula personal, ó en otro caso qué requisitos hará falta exigir:

Considerando que por los términos del artículo 31 de la ley del Timbre, y por los del 61 de su reglamento, es inexcusable, bajo la responsabilidad establecida en el art. 220 de la ley la presentación y toma de razón de la cédula personal de los interesados en la concesión de licencias de caza, uso de armas y pesca, y que si bien los extranjeros transeuntes no están obligados á la adquisición de dicho documento, puede á su voluntad serles expedido cuando les conviniere, según lo dispuesto en el art. 37 de la instrucción del impuesto de cédulas personales de 27 de Mayo de 1884:

Considerando que, por otra parte, siendo el objeto de los citados artículos de la ley del Timbre y de su reglamento asegurar la percepción del impuesto á los tipos fijados en la escala gradual respectiva, y no existiendo peligro alguno de defraudación cuando se trata del primer grado de la misma, pueda rebajarse el rigor del precepto sin perjuicio alguno para el Estado y con ventaja en varios casos para los particulares,

S. M. el Rey (q. D. g.), de conformidad con lo propuesto por V. I., se ha servido disponer que se signifique al Ministerio de Fomento, como resolución de su mencionada consulta, que no puede ser sustituido en forma alguna el requisito de la exhibición de la cédula personal, obtenida con arreglo á las disposiciones por que este impuesto se rige, declarando, sin embargo, con carácter general, que dicho requisito no será obligatorio para las personas no sometidas al impuesto de cédulas personales, cuando los interesados soliciten desde luego que se les expida la licencia de mayor precio del respectivo grupo de la escala del art. 91 de la ley del Timbre, ó sea de 40 pesetas para las de uso de armas de caza

y para cazar, y de 30 pesetas para las de uso de armas en general y para las de pesca.

De Real orden lo comunico á V. I. para su conocimiento y demás efectos. Dios guarde á V. I. muchos años. Madrid 1.º de Diciembre de 1913.—*Bugallal*.

Señor Director general del Timbre del Estado.



CAMPEONATO DE GALGOS

La copa de «El Goloso».

CONDICIONES.

1.ª Se correrá esta copa en los terrenos del coto «El Goloso», situado en el término de Madrid, ó en los que determine el señor gerente del coto, pero siempre próximos á la capital.

2.ª Podrán tomar parte en la competencia galgos de todas razas.

3.ª El primer premio consistirá en una magnífica copa de plata, regalo de la Sociedad organizadora, y en un certificado de aptitud de campeonato, de la Sociedad Central.

4.ª Habrá otros premios consistentes en medallas y diplomas, ofrecidos por la Sociedad Central.

5.ª El precio de la matrícula es de 100 pesetas por perro.

6.ª Las pruebas empezarán el día 24 de Enero, á la una de la tarde, siendo el punto de reunión para la primera el coto titulado «El Goloso».

7.ª La inscripción se cierra definitivamente el día 20 de Enero, á las ocho de la noche.

8.ª Se sorteará el orden en que deban correr los perros, que lo harán pareados, y los que vayan venciendo formarán nuevas parejas hasta que sólo queden dos.

9.ª Para el sorteo y orden de correr se seguirán las mismas reglas que se usan en el juego del *tennis*.

10. Para ganar un perro á su contrincante deberá batirlo de tres pruebas en dos.

11. Los perros se soltarán con trailla mecánica (*slips*).

12. Para cada competencia, los socios fundadores de «El Goloso» designarán un juez de campo de entre los que estén nombrados para dicho cargo. Se asignarán cuatro adjuntos al juez, que escuchará su opinión antes de dar su fallo.

13. El fallo del juez de campo es inapelable sobre la calificación de las pruebas; mas si ocurriese algún incidente ó duda no previsto, se resolverá por mayoría de votos entre los socios fundadores del coto.

14. El juez de campo puede declarar nulas las pruebas que crea convenientes antes de emitir su fallo.

15. La inscripción deberá hacerse en las oficinas de la Real Sociedad Central de fomento de las razas caninas en España, Leganitos, 12 y 14, de seis á ocho de la noche.

16. Tanto la correspondencia como cualquier informe que se desee obtener se dirigirá al señor gerente de la Real Sociedad de «El Goloso»; Sr. Conde de Torrepalma, Leganitos, 12 y 14.

REGLAS QUE DEBERÁN OBSERVARSE

EN LAS PRUEBAS PARA

LA COPA DE «EL GOLOSO».

1.ª El ala para batir se compondrá de 10 á 15 jinetes, y los demás que no quieran permanecer á distancia marcharán detrás de los primeros en alas sucesivas del mismo número.

2.ª El juez de campo irá delante del ala, llevando á su lado al perrero que conduzca en *slips* á los perros que hayan de luchar.

3.ª No se dará suelta á los perros mientras no lo ordene el juez de campo.

4.ª Al verse una liebre encamada deberá avisarse al juez para que disponga la forma en que se ha de levantar la pieza.

5.ª Al arrancarse la liebre sólo podrán correr el juez y los adjuntos, debiendo los demás jinetes permanecer quietos, para evitar el entorpecer la prueba y que el juez pueda juzgar bien de la carrera.

6.ª Todo dueño de perro tiene derecho á pedir media hora de descanso después de cada prueba.

7.ª Se prohíbe penetrar en los sembrados sin autorización de sus dueños.

8.ª Se recomienda guardar el mayor silencio posible para evitar se arranquen largas las liebres.

9.ª La víspera de cada día de pruebas se anunciarán los perros que deban tomar parte en las del siguiente y el sitio donde deban verificarse.

10. Los señores socios del coto «El Goloso», los forasteros y los dueños de perros matriculados tienen derecho á asistir á todas las pruebas.

11. En todo lo demás regirán las reglas publicadas en el programa de condiciones.

El gerente, *El Conde de Torrepalma*.

NOTA.—Se facilitarán cuadras y perreras á los caballos y perros de los señores forasteros.

Legislación extranjera sobre Caza y Pesca ⁽¹⁾

(Continuación.)

8. El castor desde 1.º de Diciembre á 30 de Septiembre.

9. La liebre desde 16 de Enero á 30 de Septiembre.

10. El gran pollo silvestre desde 1.º de Junio á 30 de Noviembre.

11. La hembra desde 1.º de Febrero á 30 de Noviembre.

12. El pequeño pollo, la ortega y el faisán desde 1.º de Junio á 15 de Septiembre.

13. Las hembras desde 1.º de Febrero á 15 de Septiembre.

14. La perdiz, la codorniz desde 1.º de Diciembre á 31 de Agosto.

15. Los ánades silvestres desde 1.º de Marzo á 30 de Junio.

16. Las chochas desde 16 de Abril á 30 de Junio.

17. Las avutardas desde 1.º de Abril á 31 de Agosto.

18. Los cisnes silvestres, grullas, chorlitos y demás aves marinas ó de agua dulce susceptibles de ser cazadas desde 1.º de Mayo á 30 de Junio.

19. Los zorzaes desde 1.º de Enero á 20 de Septiembre.

Los días que acaban de indicarse como punto de partida y término de la veda están comprendidos en la prohibición.

En lo que respecta al venado, ciervo, gamo y corzo, los jóvenes se considerarán como hijuelos hasta el último día del mes de Febrero siguiente á su nacimiento.

Las anteriores disposiciones respecto á la veda no son aplicables á la captura y destrucción de la caza en parques cerrados.

(Continuará.)

(1) Véase el núm. 64 de esta revista.

NOTICIAS

Legislación de caza, pesca y uso de armas, por el capitán de la Guardia Civil D. Agustín Álvarez Navarro. Tercera edición.

Esta obra, la más útil y completa de cuantas sobre estos asuntos se han publicado, que ha sido ampliada con el reglamento de 7 de Julio de 1911, para la aplicación de la ley de Pesca fluvial y otras varias disposiciones dictadas con posterioridad á la publicación de la segunda edición, y por la que ha sido recompensado su autor con la cruz de primera clase del Mérito Militar, contiene:

La ley de Caza, el reglamento para su ejecución y sentencias del Tribunal Supremo de Justicia, ley de Pesca fluvial y disposiciones sobre uso de armas. Artículos del Código civil y de la ley del Timbre relativos á estos asuntos y modo de recurrir en apelación de las sentencias contrarias á la ley. Precio de la obra 1,50 pesetas.

De venta en la Administración de esta revista.

★

Ha fallecido en Totana D. Juan Cayuela Mora, Coronel graduado, Comandante de caballería, padre de nuestro querido amigo y compañero D. Joaquín.

Enviamos nuestro más sentido pésame á nuestro amigo y á su distinguida familia.

IMPORTANTE

Atendiendo á los deseos de muchos de nuestros lectores, pensamos confeccionar tapas para encuadernar por años esta revista. Por dicho motivo rogamos muy encarecidamente á todos los que deseen adquirir dichas tapas lo comuniquen á la Administración de CAZA Y PESCA, con objeto de ordenar la tirada necesaria para poder complacer á todos.

Oportunamente se pondrá en conocimiento de nuestros lectores el precio de dichas tapas.

Imprenta de Jaime Ratés, plaza de San Javier, 8.